

Versión para Teresa Alessio

por Héctor Aguilar Camín

Habían matado a Dagoberto el día anterior, pero todos tuvimos alguna razón para que su muerte no contara; yo, la de querer a Teresa Alessio. Ahora le fabrico una versión inútil, erguida contra hechos en sí mismos irreparables: sé que quererla no fue suficiente. No importa, igual me asedian hasta desbordarme dulcemente, las horas vacías y corteses que la escoltaban en la universidad, las claras parejas de entonces. Supongo que no puedo elegirlo, pero dejo que me rondan esas cosas, los detalles pusilánimes del cerco que nos habíamos puesto, restos de pasillos y de clases, Ramiro que me dijo un día: "Ella te quiere, viejo", Melania que le dijo a ella que yo, el ramillete de frotos accidentales, tantos celos para nada.

Por la tarde, asido al tedio de las cuatro junto a un ventanal del pasillo, veía surgir a Tere Alessio en el último tramo del túnel claro, chapoteando sobre las manchas plateadas. Caminaba casi siempre hacia mí, porque casi siempre yo desplegaba la modesta estrategia de pararme frente al salón que iba a reunirme a los dos hasta la noche. Así podíamos fingir que el salón no contaba, que los datos prácticos de nuestra ubicación eran incidentales: lo mismo, por unos segundos, nos habríamos sentido como aguja e imán en ese espacio, yo la habría distinguido gozosamente a lo lejos —sólo un bulto destruido por la luz— y habría juzgado míos el vaivén de sus piernas, los vuelcos del vestido y de sus ojos, su pueril decisión de ignorar que la observaba. En el minuto que

durara nuestra escueta geografía, Teresa Alessio me ofrecería en exclusiva, y a sabiendas, la inquietud de su cuerpo contra el fondo brillante del pasillo, la simetría difícil de sus rodillas, una cintura así, unos hombros que nadie.

El aura repetitiva de esos días me ayuda a creer en éstos que habíamos llegado a naturalizar nuestra distancia, a disolver en ella una proximidad acechante, no tocada por voces o besos; aprendí a mejorarla, dejando que Teresa Alessio me inundara por las noches con su intromisión exacta en sus sueños que no la exigían. De sueños y miradas y rápidas geografías amorosas llenamos cinco años; años de rozarnos, de calcularnos, de conocernos por rumores que otros traían. Nos empujábamos, sin saberlo, hasta la última oportunidad de una tarde de septiembre que recoge aquellos años y los escupe, descifrados, frente a esta página en blanco.

La comida de fin de la carrera conquie esa tarde empieza no tiene razones suficientes; carece de historia, de casualidad. Debí parecernos siempre un trámite obvio, la ratificación de que habíamos cruzado en efecto todos esos meses lentos de pasillos y falso aprendizaje (porque los pasillos son el síntoma básico, secundan cada una de las imágenes radiantes en que aquel tiempo se ha coagulado; es como si fueran el paisaje perfecto, y la bondad o la maldad —nuestros afectos morosos, envanecidos— nada más sus secuelas, simples chispazos del frotamiento).

Habían matado a Dagoberto dos noches atrás pero Vásquez Lobo tenía hechos los arreglos desde antes: había recogido las cuotas, había comprometido el restorán, había alquilado el camión para que nos moviéramos juntos. —Quiere contigo— me había dicho Grijalbo, a su vez, desde la mañana, y me había ido invitando a aceptarlo con esa forma idiota que tenía de repetir las cosas. —Esta tarde, te digo, después de la comida. Está arreglado. Arreglado, te digo.

Dije ya que cada quien tuvo alguna razón para que la muerte de Dagoberto no contara; como sea, al acercarnos al camión para subir, el armatoste pareció anticipar una secuencia de funeral modesto, la ayuda que la agencia facilita a los dolientes. Para que tuviéramos un coche al fin de la comida, Grijalbo había convencido a Melania de que llevara el suyo; debía inventar algo que la eximiera de subir al camión. Como Melania era la novia de Grijalbo, inventó una metáfora idiota sobre el acarreo de ganado. Teresa Alessio sonreía a su lado; a mitad de la explicación empezó a irse hacia el coche, dichosa y secreta, paseando la bolsa sobre el césped del camellón, de espaldas al mediodía sin sol que el camión y una nubes cargadas y Dagoberto se ocupaban en degradar.

Los demás fuimos en el camión, tratando de cantar por el camino. Cuando llegamos al restorán ellas se habían instalado en el extremo de una de las largas mesas ordenadas por Vásquez Lobo. Había una fuente de carnisas y una botella de brandy cada cuatro asientos. Grijalbo destapó la primera al sentarnos. Alessio alzó hacia mí una copa de líquido morado y la dulce sonrisa que estrenaba. Después del primer trago, Melania saltó:

— Gordito, ¿dónde mataron a Dago? Fue por aquí, ¿no?
— La gasolinera de al lado —respondió Grijalbo—. Junto al motel.
— Pobre Dago, tan buena gente.

En la parte de atrás del restorán había unas florecillas mustias entre el zacate erizado y alto. El aguacero que se soltó mientras comíamos pareció reavivarlas, al final las dobló. Un viento frío empezó a correr en ráfagas bajo las mesas, y el estacionamiento fue pronto un solo charco terroso, color gabardina. Comimos y jugamos y sentimos el frío; a partir de la tanda de los cancioneros



la tarde se fue más aprisa, como adelgazada. Helados fotógrafos de bigotillo, con sacos cafés de una moda perdida, nos registraron en sus placas: complacientes, hartos, abrazados, con un ojo cerrado, ostentando el undécimo jaibol y la muñeca guanga. Novios y amigos se ratificaron en el reverso de las fotos cuando las trajeron. Vásquez Lobo se quitó la corbata, la cortó con unas tijeras que tenía preparadas y repartió los pedacitos entre varios de nosotros. Dijo que esta no sería la última vez sino la primera de una nueva etapa; dondequiera que fuéramos y él estuviera —o no estuviera— podríamos enseñar el pedacito de corbata que nos daba y eso sería como volver a vivir, y por la noche iríamos en el camión a la Plaza de Garibaldi por un mariachi que él iba a pagarnos y luego a la universidad. Propuso un brindis por nosotros. Al voltear vi el cuello suave de Alessio, la delicada transparencia de una gasa color carne sobre los hombros pecosos y el brazo largo, moreno, apoyado en la mesa. Tenía las cejas alzadas en una curva angulosa y las pestañas finas y erectas, indiferentes a la uña que las recorría en la comisura y al amago del cigarrillo que los dedos sostenían apoyado en la sien. Estaba atenta desde hacía un rato sobre mí, irritada y paciente, tratando de exprimirme el caballero. La miré largamente y cambiamos una sonrisa. Atrás, junto a la línea que ondulaba su cabello negro, los pirules de Tlalpan se hinchaban de lluvia y dejaban llegar entre borrones un malestar incierto, algo que asocié torpemente a Dagoberto, la desazón postergable de haber sido su amigo o de no tener nada contra su muerte, ni siquiera dolor.

Antes de que las mesas se vaciaran, huimos al estacionamiento. El coche de Melania estaba en la esquina, empañado, sucio con los retazos de una madreselva que las gotas habían aporreado.

—Ustedes atrás —dijo Melania.

Puse una mano para que Alessio se apoyara al entrar y pensé que cuando las cosas están preparadas, todo parece doblemente inseguro —e inevitable: se dejó caer en el asiento sin soltarme. Los baches del estacionamiento, cuando salíamos, le sirvieron con la misma justicia tenue e improvisada para acercar la cabeza a mi brazo, los labios a mi cuello; luego prendió un cigarrillo y lo puso en el centro para que fumáramos. Dejamos atrás unos pirules antes de que Grijalbo frenara: —Aquí lo mataron —dijo.

Por cortesía con su novio, Melania volteó. Había una colina, una zanja grande con casuchas en las laderas y encima un motel nuevecito, encallado en la piedra. Un poco a la derecha estaba la gasolinera. La rampa colorada que iba a las tomas de gasolina estaba clausurada por una cadena y había un policía sentado en un sillín de plástico, bajo la ancha cornisa. Lo habían matado dos noches atrás, al arrancar. Su novia Madeleine había sacado un corte a sedal en el brazo y estaba muda desde entonces. Teresa se inclinó musitando mi apellido, un hábito de cinco años; estiré la mano también para encontrar su cuerpo, el otro hábito de verlo detenido, traicionado limpiamente por el fondo de las cuatro de la tarde, pero sólo hallé una tela resbalosa, y varias ligas, bajo la falda tableada. La besé por primera vez, repitiéndome que era la primera vez; sentí estúpidamente que Madeleine y Dagoberto pasaban entre nosotros como un aire encerrado; pasaban con su vida plena, magullados por la lucha reciente en el motel y alguien volvía a dispararles un perfecto disparo a la nuca. La besé de nuevo y Grijalbo arrancó. Durante el trayecto nos acariciamos cinco años. Increíble y exacto: por años había apuntado hacia Teresa Alessio como hacia una frontera final para el gran desperdicio de cosas mal vividas; ahora la tenía arqueada sobre mí, descuidada y

ardiente, exigiendo una violencia que la desbordara. Su voz era la misma, quizá más urgente, que yo le había adjudicado algunas noches, la voz que había aprendido a escuchar en la almohada para fortalecer mis ensueños con su dueña, el afán de dormirme cada noche con la sensación de tenerla, de haber logrado una victoria sobre el día. La humedad del nylon, sus manos bajo mi camisa, el juego de su lengua en mi oreja: cada cosa fundía el sabor de los ensueños pasados con un presente que empezaba a cumplirlos sin llenarlos del todo. Era como si el fervor quedara todavía estrangulado por una diacronía imperceptible, decisiva, que los ensueños, más inteligentes que nosotros, siempre suprimieron y que esa tarde yo había empezado a llamar Dagoberto.

En San Juan de Letrán se amotinaban las camiserías; tres cuadras adelante de Madero, cuando doblamos hacia la plaza Garibaldi, Alessio me quitó la mano de sus piernas y buscó el espejo en su bolsa. —Ya vamos a llegar —explicó. Sacó el espejo y se compuso las puntas del peinado, la pintura, la reputación. Grijalbo bordeó la plazoleta y se paró junto a un tendajón rezumante. Alessio se corrió al extremo del asiento.

—No sea mañosa, Alessio, mosquita muerta —le dijo Grijalbo al recargarse en la puerta para vernos.

—Mosquita tu mamá que se para en la caca —respondió Alessio. Melania fumaba, la risa la hizo toser.

—Así se muere la gente —jugó Grijalbo—. Ven lo de Dago y no escarmientan.

—No juegues con eso, gordo —dijo Melania, ahogada todavía por la risa y el humo. Pobre Dago.

—Hay algo sucio en lo de Dago, ¿no es cierto? —especuló Grijalbo para mejorar sus bonos. Digo, algo sucio. No se mata a nadie por diez pesos, ¿o sí? No se mata a nadie, carajo.

—Son unas bestias —explicó Melania.

—Ponle que sean unas bestias. De cualquier modo hace falta un motivo. Un motivo al menos.

—Eso lo piensas tú —replicó Melania. No tiene nada que ver con ellos.

Dijo ellos como si escupiera.

Grijalbo volvió a acomodarse en el asiento para mirarme: —¿Tú cómo lo ves, flaco?

—Esas cosas sólo pasan en México —dijo Alessio, que buscaba unos cabellos de la nuca con el espejo. En Europa se podía caminar por todas partes sin temer la oscuridad en cada esquina.

Miré el árbol próximo a la ventanilla, estaba totalmente limpio de hojas. El cortejo de mi abuelo había sido suave, apenas triste. Yo no lo quise, no lo quería ya cuando murió, pero asistí de todas formas, lo acompañé como si lo quisiera hasta el hueco que le tocó bajo unos sauces, en esa greda limosa y afiligranada que tiene la tierra de los cementerios. Lo llevaron en una camilla rodante, alto y acerado el ataúd, con los ojos rotos, estragados por el carcinoma. Habían dejado junto a la reja del gran monumento cuatro coronas de flores; a un lado de las coronas, al llegar, había encontrado a Teresa de pie, sin indicios de luto o cortesía, esperando la marcha. No se acercó cuando llegamos, apenas me miró. Hizo unos cuantos ademanes compulsivos —o solidarios, según se vea— y luego se fue, sola y mía y en secreto, como vino. Porque nadie nos vigilaba esa vez como ahora, como siempre.

La plaza estaba desierta por el agua y porque los otros, con Vásquez Lobo y el camión, no llegaban. Durante un tiempo vimos únicamente perros, esos perros de fin de aguacero que aparecen por todas partes y ambulan, como adoloridos, gulados por un



olfateo casi humano. Pensé que lo inevitable es que los muertos cumplan su ciclo de aniquilación, que vayan acabándose todos los días un poco, conforme se desatan los nudos respectivos en algunas gargantas.

Había oscurecido cuando decidimos volver a la universidad a esperar el mariachi. Entramos por Madero hacia el centro y vimos los capacetes mojados, brillantes, las pequeñas banquetas abigarradas. A la altura del Zócalo, Melania iba ya en el hombro de Grijalbo y Teresa me mordía la oreja. Estábamos acostados en el asiento cuando llegamos a la universidad, pero repitió el movimiento de apartarse sin trámites. La imaginé desnuda, forrada de un desdén aséptico y certero, retando una pasarela de desconocidos, y luego íntima y sola, en su casa, tapándose púdicamente los hombros para pasar al baño, por la noche.

Dejamos a Melania y a Grijalbo en el auto y cruzamos sin tocarnos el estacionamiento. Adelante estarían los otros —estaban ya entre los coches— dividiéndonos, consignado nuestros tactos, nuestras primeras bromas privadas, esa intimidad que la simulación y los mutuos desplantes nos habían escamoteado cinco años y que nos hacía caminar ahora por los pasillos de abajo recelando de nuestra compañía. Odié la certeza de que Alessio sabría de lugares menos vigilantes que éste, lugares relativamente impunes en los que le habría sido ya más fácil reconocerse, darse, llamarse sólo Tere

durante un *tour*, dejarse coger por el gringo próximo, el piloto en una estación de paso, dos paisanos al final de una borrachera parisiense, Sí. Madeleine también tendría el viaje a Grecia que le permitiría reponerse, el viaje de que hablaba Teresa a mi lado. Aquí estaban los pasillos, los jardines moteados de hortensias y dalias, la conciencia de ser uno más, cazado en un escenario la mitad de impune.

Ocupó treinta minutos en el baño, arreglándose el peinado. La esperé en el café tomando una coca cola, dejándome llegar las bombas y la rampa, la última gasolinera de Dagoberto. Lo habían matado —dijeron— porque jugó a no pagar diez pesos de gasolina. Había arrancado para huir cuando el matador salió de las oficinas, con la escuadra en la mano, gritándole que se parara. No le hizo caso. El primer disparo dio en el parabrisas; Dagoberto aceleró. El matador corrió atrás y se cuadró en el centro de la rampa a tres metros del coche que volaba, a cuatro metros, a seis: el segundo disparo pegó en el tablero, el tercero perfecto en la nuca. Madeleine sufrió un corte a sedal en el brazo que le tenía pasado sobre los hombros. Jugué a encontrar en mí una huella paralela del odio que había bajado por el gatillo del matador contra Dagoberto, su blanco ocasional. Tuve la sensación de haberlo compartido todo con el blanco, o por lo menos una memoria mutua de nuestro aburrimiento en los pasillos, el gusto por Madeleine, un par de zapatos iguales, de gamuza, que los dos teníamos. Bebí la coca cola y transité ese circuito. Luego vi aparecer a Grijalbo y a Melania en los prados laterales; venían abrazados del estacionamiento, las hortensias tiritantes y nítidas por el agua flotaban a su alrededor. Melania tenía las piernas redondas y un poco achatadas, pero la frente despejada y el pelo rubio, alzado en una onda inmensa sobre la cabeza, le daban un aire noble, libertino. Caminaban los dos enlazados por los jardines, una brisa improbable agitaba las hortensias haciéndolas temblar como si obedecieran un tropismo preciso, el diseño de alguna emboscada.

Los mariachis llegaron una hora más tarde, con Vázquez Lobo, sin corbata, a la cabeza. Ahora había música y algunos se habían puesto a bailar. Ramiro se le había declarado a alguien y despotropicaba en el fondo del café, perfectamente borracho. Teníamos encima la primera amonestación del administrador de la universidad y el informe secreto de que la fiesta seguiría, para los íntimos, en la cercana casa de Chavo. A eso de las nueve y media nos reunimos de nuevo con Melania y Grijalbo para hablar de la fiesta y de la falta de alcohol, de la forma en que escaparíamos, sin que nadie supiera, a la casa de Chavo. No fue difícil. Del impropio Vázquez Lobo nos escabullimos fingiendo una retirada monástica, a las diez. Al salir, Ramiro se nos cruzó en la puerta, despatarrado, para exhibir unas cuentas que nadie le dio. Caminamos hacia los prados en el aire húmedo y fresco, como si dejáramos atrás cientos de obstáculos y esta fatiga alerta y estilizada fuese ya el final del escenario cautivo de los pasillos, de los años muertos y pulcros que habíamos desperdiciado. Entrando al estacionamiento, Teresa pasó un brazo por mi cintura y me puso un llavero en la mano. —Traje mi coche —dijo, jugando con la nariz en mi mejilla.

Antes de salir a Ermita, unas tres cuadras después, venía otra vez sobre mi hombro, silenciosa y moldeable, otra vez un racimo de voces propicias, una ternura afásica, sometida, dispuesta a perder. Calló cuando pasé de largo la casa de Chavo y puse el coche varias calles adelante, junto a un camellón oscuro y ancho donde habían crecido por años viejos eucaliptos. Eché los asientos para atrás y la tendí encima, combatiendo con su olor y las

sombras de su pecho, los rencores nacientes, el hábito de no tenerla, la resignación de su ausencia. Besé su abandono, su libertad, la pierna que apoyaba en el asiento y sobre contra mí, sobre el ocio de esas caricias que burlaban una distancia de años, un calendario perdido, y la tarde transcurrida y la resistencia de su blusa de seda a la prisa de mis dedos. Escuché el roce de sus medias, los resbalones de su fondo, el chasqueo de sus labios, su exigente lenguaje de gruñidos. Fue como volver atrás, al tiempo gastado contra su voz tantas noches sin ella; como irle quitando la falda, zafándole el sostén, liberándole los botones del ligero a todas las Teresas fingidas y buscadas en esos ensueños y a ésta, que hundía levemente los sillones del auto al revolverse conmigo. Estuvo presente también la escena de una noche en la casa de Chavo, durante la fiesta de aniversario de sus padres: la coincidencia extrema de esos segundos en los que Teresa, detenida por Vázquez Lobo junto a un biombo, ocupaba un lugar que repetían dos espejos de luna colgados simétricamente, uno frente a otro, en los rellanos de una escalera de granito. Los espejos coagulaban la mitad de su rostro y su escote, una Teresa Alessio fracturada y triple que no era, por ese momento, ninguna de las tres posibilidades, ni siquiera la suma de ellas, sino ya mi enredo y mi confusión, el exceso de su ausencia en mi vida. Para desbaratar ese montaje latente, urdí la frágil táctica de perderme en sus brazos, en la caja de su pecho, en la luz de plata que el eucalipto soltaba (no sé por qué el eucalipto) haciendo que su piel refulgiera. —Cuánto tiempo, cuánto, cuánto, cuánto.

Ahí estaban la luz del eucalipto, el brasier suelto en su cuello, la ciudad borrada por el fleco de la luz, los peces plateados y largos en el aire. Las cosas que siguen a eso, están más acá de las palabras. Son el ahogo, el desenfreno en los ojos que apenas besaba, el encogimiento veloz de las manos sobre sus senos, un primer grito quizá. Me abrí a esa ruptura con una lentitud inmensa, deslumbrada, como si despertara. Antes de mirar entendí: atrás estaban los otros, nadie se sustrae. Luego los ví, se recortaban en el parabrisas contra otra luz, apoyados en el cofre. Eran tres, el que sonreía usaba una gorrita de estambre con una borla en la cima. Fue el que dijo —¡Píquenle!

No me moví, pensé absurdamente en Dagoberto y en los pasillos, en los ojos de mi abuelo. Ellos corrieron hacia las portezuelas, el que vino hacia mi lado sacó de la bolsa un objeto que brilló bajo el eucalipto. Teresa gritó. Salté buscando la llave y tratando de sumir los seguros de las puertas. El primer tajo fue en el brazo. Teresa gritó otra vez, dos veces, jalándose el cabello a mi lado. El tipo de la gorra de estambre que miraba desde el cofre golpeó el parabrisas con una cadena. Apreté la llave de la marcha, bruscamente, lastimándome el pulgar. El segundo tajo fue en el hombro: forcejeaba para mantener cerrada la puerta de mi lado. La otra puerta no abrió, le florecieron un boquete con una piedra y una mano entró por el hueco del vidrio para abrir por dentro la manija. Tiré una patada y sentí la mano encogerse, deformada bajo el zapato. Dejé que el otro abriera un poco la puerta de mi lado y la pateé también hacia afuera, golpeándolo con ella en las rodillas. Perdió el equilibrio y cayó sentado, le dí la vuelta a la llave y el auto arrancó. Se fundieron en la noche limpia un grito metálico de Teresa suplicando algo y el ruido del motor, el rechinado de las llantas al hundir el pedal. Vi al tipo de la gorrita de estambre echarse para atrás; fintó a un lado, sin moverse, y luego saltó, golpeó en el cofre y en el capicete, quejándose. Teresa resbaló hasta mi cintura; se le había corrido el rímel, el llanto y los mocos

desbarataban las chapuzas del salón de belleza y de sus años. Había dos manchones negros bajo sus ojos, y un labio hinchado y seco colgando sobre su barbilla.

—No pasó nada —dije. Sentí la humedad en el brazo, la camisa empapada secándose en el aire que llegaba por la ventanilla. Ella estaba tirada en el fondo del otro asiento, gimoteando, con las medias rojas caídas en las rodillas y la blusa desabrochada, sin brasier, repitiendo no puede ser, no puede ser así, tú, y pasándose la mano por el pelo, por la nariz, por la boca, conteniendo con eso los accesos de vómito y los sollozos. Puse un pañuelo sobre la cortada del hombro y enderecé el respaldo; luego conseguí un kleenex y un espejo, le dije que mirara los arbotantes de Tlalpan, que era su coche, que era yo, que no había pasado nada.

Varias colonias después, cuando llegamos a la suya, empezó a trabarse las medias y a limpiarse el rostro. Me paré en una farmacia a comprar un sedante que no quisieron venderme. Al llegar a su casa me dijo que pasara para llamar al médico. Hubiera podido aprovechar la grieta y bajar, besarla en la verja como dándole a entender cualquier escena imborrable, llamar al médico, exhibir la coartada, recobrarla a fuerza de días y proximidad. No entré. Vi sus hombros caídos, su cuello repentinamente flaco, sus labios secos, la locura de vidrio en sus ojos. Entendí, con el debido patetismo, que no era para mí: habría siempre otras cosas interponiéndose, Dagoberto o el pasillo, nosotros mismos, vedando nuestro encuentro sin descanso.

Rumores no confirmados anuncian que se casó el mes pasado en Monterrey. Es el turno, pues, de velar su calma y su reputación; de escribir aquellas cosas, levantar una versión verosímil, hecha especialmente para ella: un espacio duradero, sin intermediarios, donde algún día podamos encontrarnos sin testigos, donde de algún modo nos hemos encontrado ya. Confío en que el tiempo hará valer esta versión, como verdad, lo mismo que esa tarde y esa noche. Faltarán si acaso unos detalles en cuya estricta correspondencia no hace falta insistir. Digamos: la sirena de la ambulancia en que fui conducido por Tlalpan, recogido sin ella bajo las luces del eucalipto, los dos golpes secos y helados del cuchillo en mi estómago, las razones del otro día en el que nadie —apenas yo— preguntó por su paradero.

San Angel, 1967

P.S. 1975.

Casi diez años después de estas astucias, y de no verlo, encontré a Vázquez Lobo en un garito clandestino de las calles de Brasil. Gordo y todavía aparatoso, quemaba fichas de cien pesos en una ruleta adversa. Después de varios whiskys y varias injurias al pasado, llegó a Dagoberto. Su caso probaba, dijo, los mares de estupidez e ingenuidad en los que siempre nos habíamos movido. Estaba harto de la estupidez y de la ingenuidad. A Dagoberto lo habían matado, sí, pero no en la gasolinería ni mientras escapaba de una estúpida e ingenua deuda de diez pesos, sino desnudo en el motel, sorprendido *in fraganti* cuando le hacía el amor a Madeleine. El padre de Madeleine en persona, un ganadero de Chihuahua, lo había ejecutado mientras tres de sus hombres lo detenían. De ahí el perfecto disparo en la nuca: —Droga, hermano, deudas, de a de veras. Y este pendejo que quería zafarse llegándole a la hija del jefazo. ¡Pues dónde estamos, carajo!

Estábamos en la barra del garito tratando, como todos de elegir nuestro pasado.